



Revista de **Filosofía**
ISSN: 0034-8244

 EDICIONES
COMPLUTENSE

El nacimiento de la vida en *Les mots et les choses* de Michel Foucault

Gustavo Romero
Universidad de Buenos Aires
Correo electrónico: romero_gustavo_a@yahoo.com.ar

Recibido: 17 de abril de 2015 / Aceptado: 10 de septiembre de 2015

Resumen. En *Les mots et les choses* Foucault presenta y analiza el surgimiento del concepto de la vida en la ruptura epistémica que tiene lugar alrededor de 1800. De la ruptura de una determinada forma de saber van a surgir las condiciones de posibilidad para pensar la vida y, por lo tanto, “la vida” misma. En este artículo nos proponemos analizar la perspectiva de Foucault sobre la comprensión de la vida como fundamentalmente abierta a las determinaciones por parte de las constelaciones del saber. Las ciencias de la vida operan con una noción de vida que se define desde un punto de vista negativo, es decir, por su relación con la muerte, a cuya amenaza está expuesta permanentemente.

Palabras clave: Foucault, vida, ontología, ruptura epistémica.

The birth of life in *Les mots et les choses* of Michel Foucault

Abstract. In *Les mots et les choses* Foucault presents and analyzes the emergence of the concept of life in the epistemic rupture that takes place around 1800. From the rupture of a certain way of knowing, the conditions of possibility to think about life will arise and, therefore, “life” itself will arise. In this article we propose to analyze the perspective of Foucault on the understanding of life as fundamentally open to determinations by the constellations of knowledge. The life sciences operate with a notion of life that is defined from a negative point of view, that is, by its relation to death, to whose threat it is permanently exposed.

Key words: Foucault, life, ontology, epistemic rupture

Sumario.

1. La vida como correlato de las formas del saber moderno.
2. La arqueología de la vida.

Cómo citar: Romero, Gustavo (2017): “El nacimiento de la vida en *Les mots et les choses* de Michel Foucault”, en *Revista de Filosofía* 42 (1), 143-151.

1. La vida como correlato de las formas del saber moderno

Tres años después de *Naissance de la clinique*, en 1966 Foucault publica *Les mots et les choses*, el libro que lo consagra como filósofo¹. En esta obra, Foucault presenta y analiza el surgimiento del concepto de la vida en la ruptura epistémica que tiene lugar alrededor de 1800: “Desde el punto de vista de la arqueología, lo que se instaura en ese momento son las condiciones de posibilidad de una *biología*”². Y agrega:

Se quieren hacer historias de la biología en el siglo XVIII, pero no se advierte que la biología no existía y que su corte del saber, que nos es familiar desde hace más de ciento cincuenta años, no es válido en un período anterior. Y si la biología era desconocida, lo era por una razón muy sencilla: *la vida misma no existía*. Lo único que existía eran los seres vivientes que aparecían a través de la reja del saber constituida por la historia natural³.

Es decir, en la ruptura de una determinada forma de saber van a surgir las condiciones de posibilidad para pensar la vida y, por lo tanto, “la vida” misma. Se trata de una comprensión de la vida como fundamentalmente abierta a las determinaciones por parte de las constelaciones del saber. Las ciencias de la vida operan con una noción de vida que se define desde un punto de vista negativo, es decir, por su relación con la muerte, a cuya amenaza está expuesta permanentemente. Esta forma de entender la noción de vida no puede ser determinada de forma fija ni ontológica, sino que debe ser entendida como un proceso, como una noción dinámica y surgida históricamente, como una realidad transaccional en tanto correlato de las formas del saber moderno.

Como Foucault ha precisado en diversas ocasiones, por ejemplo en su famoso debate con Noam Chomsky en 1973, la noción misma de “vida biológica” tiene su fecha de invención, y es el efecto (y no la causa) de un discurso científico que ha de ser situado históricamente:

Me parece más verosímil que las transformaciones del conocimiento biológico que tuvieron lugar a finales del siglo XVIII se produjesen, por una parte, en razón de una serie de nuevos conceptos del discurso científico y, por otra, diesen origen a una noción como la de vida que nos

¹ Existen en la actualidad numerosos y buenos estudios dedicados a determinar los puntos de inflexión del trabajo de Foucault en *Les mots et les choses* (MC), a describir el proceso de escritura, a interrogar también sus desplazamientos, sus lagunas, incluso sus aporías. Por ejemplo, véanse: las dos obras de Frédéric Gros, *Foucault et la folie* (Paris, PUF, 1997) y *Michel Foucault* (Paris, PUF, 1996), los de Hubert Dreyfus y Paul Rabinow, *Michel Foucault, Beyond structuralism and hermeneutics* (The University Chicago Press, original edition 1982, second 1992), de Béatrice Han, *L'ontologie manquée de Michel Foucault* (Grenoble, Jérôme Million, 1998) y el notable estudio de Mathieu Potte-Bonneville, *Michel Foucault, l'inquiétude de l'histoire* (Paris, PUF, 2004). Deben destacarse también las publicaciones de Philippe Sabot que nos brindan una introducción a las temáticas desarrolladas en MC, centrándose especialmente en el tema del lenguaje, sobre todo *Lire Les mots et les choses de Michel Foucault* (Paris, PUF, 2006) y *Le même et l'ordre. Michel Foucault et le savoir à l'âge classique* (Lyon, ENS, 2015).

² Foucault, *Les Mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines* (en adelante MC), París, Gallimard, 1966, p. 281.

³ Foucault, MC, p. 139. El subrayado es mío.

permitió designar, delimitar y situar este tipo de discursos, y otras muchas cosas⁴.

La arqueología de los saberes emprendida por Foucault nos muestra que, en definitiva, la vida, antes que remitir a una instancia metafísica o principio ontológico, se muestra como como correlato de las formas del saber moderno, como un “indicador epistemológico”⁵. Nos ocuparemos, entonces, de analizar la arqueología de la vida surgida en la modernidad que es emprendida en *Les mots et les choses*.

Este libro está compuesto de dos grandes momentos. El primero recorre la historia del pensamiento occidental del siglo XVI al XVIII; el segundo evoca la reestructuración de ese pensamiento a partir del siglo XIX y se cierra en la situación de las ciencias humanas dentro de este nuevo suelo teórico y la muy conocida problemática de la muerte del hombre⁶.

La arqueología es el método empleado aquí para mostrar, en el fundamento de los saberes, aquello que los hace posibles. Hay un elemento de los saberes que estructura su construcción, que impone a los objetos del saber un modo de ser determinado; a los sujetos del saber, modos de posicionamiento precisos, y a los conceptos, modos de distribución ordenados. Esta sistematicidad de las reglas de construcción de objetos, sujetos y conceptos es denominada por Foucault “episteme” y constituye el objeto de la arqueología. Este suelo primero de los saberes es histórico.

El concepto de episteme es fundamental, ya que describe “el conjunto de las relaciones que pueden unir, en una época determinada, las prácticas discursivas que dan lugar a unas figuras epistemológicas, a unas ciencias, eventualmente a unos sistemas formalizados”⁷.

Foucault determina tres epistemes: el Renacimiento, la Época clásica (siglos XVII y XVIII) y la Época moderna (a partir del siglo XIX). La investigación de estas regularidades de los saberes es realizada, para cada época, explorando sistemáticamente una triada. Para la Época clásica, se ocupa de la gramática general, de la historia natural y del análisis de las riquezas, y para la Modernidad, de la filología, de la biología y de la economía política. La determinación teórica de los objetos se efectúa durante el Renacimiento en el orden de la semejanza; durante la Época clásica, en el orden de la representación, y durante la Época moderna, en el orden de la historia.

Hacia finales del siglo XVIII:

(...) el discurso deja de tener el papel de organizador que tenía en el saber clásico. Entre el orden de las cosas y el de las representaciones

⁴ Foucault, *Dits et écrits* 2, Paris, Gallimard, 1994, n° 132: «De la nature humaine: justice contre pouvoir» (1974), p. 474.

⁵ *Ibidem*.

⁶ Sobre el contexto “estructuralista” de la aparición y la recepción de *MC*, véase la perspectiva que propone François Dosse en *Histoire du structuralisme, I: Le champ du signe (1945-1966)*, Paris, La Découverte, 1992. En este volumen I, capítulo 15 («L'inconscient, un univers symbolique») se explican las condiciones de aparición y las apuestas teóricas del paradigma estructural; el capítulo 18 («La raison déraisonne: l'œuvre de Michel Foucault») está dedicado a *Histoire de la Folie* y el 34 («1966: l'année lumière/II. Foucault comme des petits pains») analiza el “inesperado éxito” de *MC*; por último, en el volumen II, los capítulos 22 y 23 están dedicados a «Foucault et la deconstruction de l'histoire».

⁷ Foucault, *L'Archéologie du savoir* (en adelante *AS*), Paris, Gallimard, 1969, p. 250.

que se podía tener de ellas, ya no hay más transparencia; en cierto modo las cosas se replegaron a su propio espesor y en una exigencia exterior a la representación, *y fue así que aparecieron los lenguajes con su historia, la vida con su organización y su autonomía, el trabajo con su propia capacidad de producción*⁸.

Aparecen en la Modernidad, entonces, estrictamente hablando, la vida, el trabajo y el lenguaje. Su aparición está estrechamente vinculada a un nuevo modo de ser de la historia, que ya no es sólo la memoria de lo sucedido y se convierte en el modo de ser de todo lo que nos es dado en la experiencia.

2. La arqueología de la vida

En la ruptura epistémica que da inicio a la Modernidad, la teoría de la flexión invierte las relaciones entre la raíz y las desinencias de las palabras. Para los gramáticos clásicos, las raíces permanecían idénticas y las desinencias variaban en relación con aquellas; pero la comparación gramatical entre las lenguas muestra más bien lo contrario; las raíces cambiaron de una lengua a otra y las formas desinenciales permanecieron relativamente estables. Irrumpe así un mecanismo temporal constituido por las relaciones entre los componentes desinenciales que carecen de funciones representativas.

En el ámbito de la teoría económica, la moneda pierde también ese valor representativo que se le atribuía en el marco del análisis de las riquezas. Para determinar el valor de las cosas, ya no basta con establecer una relación de representatividad entre las mercancías que pueden intercambiarse, también es necesario considerar el tiempo del trabajo que requiere producir las⁹.

Finalmente, y esto es lo que más nos interesa en función de nuestro tema, el análisis que Foucault dedica a la constitución epistemológica de la biología moderna, es decir, a la aparición de la vida como correlato de las formas de saber, implica dos momentos principales. El primero propone la explicación de los puntos de ruptura que la obra de Cuvier introduce en relación con la historia natural clásica, en especial liberando la subordinación de los caracteres de su función taxonómica “para hacerla entrar, más acá de toda clasificación eventual, en los diversos planos de organización de los seres vivos”¹⁰.

El segundo momento se ocupa de demostrar cómo, a partir de esa renovación de conceptos y métodos de análisis, el tema de “una historicidad propia de la vida”¹¹ se coloca como principio y en el centro de la biología moderna¹².

En cuanto a la historia natural, entre 1775 y 1795, de la misma manera que

⁸ Foucault, *DE1*, n° 34: «Michel Foucault, *Les Mots et les Choses*» (entretien avec R. Bellour, 1966), p. 501. El subrayado es mío.

⁹ Sobre el tratamiento que Foucault le da a la teoría económica en *MC*, véase especialmente el artículo de Ménard, Claude: «L'autre et son doublé», en L. Giard (dir.), *Michel Foucault. Lire l'oeuvre*, Grenoble, Jérôme Millon, 1992, pp. 129-140.

¹⁰ Foucault, *MC*, pp. 275-276.

¹¹ Foucault, *MC*, p. 288.

¹² En esta reconstrucción arqueológica del saber biológico, captada lo más cerca posible de las rupturas que le dieron inicio, Foucault se apoya explícitamente en el estudio de Henri Daudin, *Cuvier et Lamarck. Les classes zoologiques et l'idée de série animale*, 2 volúmenes, Paris, Félix Alcan, 1926-1927. Este estudio se presentaba como una evaluación de los principales avances de Cuvier y Lamarck en el campo de la zoología.

el análisis de las riquezas giraba sobre sí mismo para abrirse a la dimensión irreductible y fundadora del trabajo, así ahora “el gran cuadro de la historia natural” es el que da la impresión de estar fracturado¹³ y abierto a una dimensión invisible, la de la organización de los seres naturales. Pero, no más en este caso que aquel, esta fractura vale como una transformación completa y definitiva del campo epistemológico que une los sistemas de Tournefort y Linneo o el método de Adanson. En efecto, deja en su sitio los principios generales de la clasificación y de la caracterización taxonómica. Dicho de otra manera, la modificación que aportan Jussieu, Vicq d’Azyr y Lamarck a la configuración general de la historia natural “no afecta aún el modo de ser de un orden natural”¹⁴: es éste quien fija, en consecuencia, los límites de su empresa.

¿En qué consiste entonces esa modificación? Conciérne esencialmente, según Foucault, al método de clasificación, “la técnica que permite establecer el carácter, la relación entre estructura visible y criterios de identidad”¹⁵, o también la relación entre la articulación de las diferencias entre los seres y la designación de su nombre común: en efecto, en lo sucesivo será el concepto de organización el que hará posible la transformación de la estructura descripta en carácter taxonómico.

Ese “desenganche” es de la misma naturaleza que el que afecta al campo de análisis de las riquezas: se realiza a partir de una especie de redistribución interna de los conceptos que da testimonio de cierto “juego” en el propio seno de los saberes empíricos. En efecto, la organización, no más que el trabajo, implica conceptos nuevos; es más bien su situación dentro del saber lo que cambia y lo que al mismo tiempo lleva ese saber a su límite.

En el campo de la historia natural, el desenganche consiste, entonces, en ordenar el conjunto de lo visible según un “principio extraño al dominio de lo visible”¹⁶, abriendo así el gran cuadro de los seres naturales a “un espacio profundo, interior, esencial”¹⁷ que en adelante constituye el espacio de referencia para toda empresa de clasificación. Ahora bien, a partir del momento en que la caracterización comienza a depender de la organización, ésta impone un nuevo modo de distribución jerárquica de los caracteres, que los vincula prioritariamente con funciones. Para establecer la importancia de un carácter, ya no basta con comparar varias estructuras visibles y observar su frecuencia; en lo sucesivo es la organización interna del ser vivo la que decide sobre esa importancia en relación con las funciones que le son esenciales. Foucault sigue aquí las recomendaciones metodológicas de Jussieu en su *Genera plantarum*:

Si el número de los cotiledones es decisivo para clasificar los vegetales, esto se debe a que desempeñan un papel determinado en la función de la reproducción y a que están ligados, por ello mismo, a toda la organización interna de la planta; indican una función que domina toda la disposición del individuo¹⁸.

¹³ Cfr. Foucault, *MC*, p. 245.

¹⁴ Foucault, *MC*, p. 244.

¹⁵ Foucault, *MC*, p. 239.

¹⁶ Foucault, *MC*, p. 239.

¹⁷ Foucault, *MC*, p. 244.

¹⁸ Foucault, *MC*, p. 240. La cita es tomada por Foucault de A. L. de Jussieu, *Genera Plantarum*, p. XVIII.

El desenganche de lo visible a partir de lo invisible contribuye así a desplazar el análisis de la estructura hacia la función y a hacer como consecuencia del “carácter”, que era el elemento decisivo de la taxonomía clásica, “la punta visible de una organización compleja y jerarquizada donde la función desempeña un papel esencial de comando y determinación”¹⁹: abrir el gran libro de la naturaleza es en el presente desgarrar su superficie visible para hacer aparecer la “secreta arquitectura”²⁰, la red diferenciada y articulada de funciones (reproducción, alimentación, circulación, respiración) que sostiene la vida de cada cuerpo, de cada ser.

Esta mutación implica dos consecuencias mayores. Ante todo, lo que está por romperse es el propio principio de la taxonomía clásica, a saber, la superposición de la designación y la clasificación, del lenguaje y la naturaleza en el elemento homogéneo del discurso representativo:

Existe una distorsión fundamental entre el espacio de la organización y el de la nomenclatura: o, mejor dicho, en vez de cubrirse exactamente son ahora perpendiculares uno a otro; y, en su punto de unión, se encuentra el carácter manifiesto que indica una función en profundidad y permite reencontrar un nombre en la superficie²¹.

El “discurso de la naturaleza” queda así fracturado sobre el vacío, estableciendo entre el ser y la representación una apertura o, por lo menos, instaurando entre ellos un profundo desnivel: “Se comienza a hablar de cosas que tienen lugar en un espacio distinto al de las palabras”²².

La representación ya no es el “lugar común” de las cosas y las palabras, puesto que las cosas y los seres se han encerrado en su ley interior de desarrollo, en su organización interna, diferente en lo sucesivo de la del lenguaje o del discurso. Desde este punto de vista, la importancia de la obra de Lamarck no radica, como se cree habitualmente, en una teoría “transformista” que sería radicalmente opuesta a la posición “fijista” de un Cuvier: según Foucault, consiste más bien en esa ruptura del espacio taxonómico (basado en la continuidad del ser y la representación, en el entrelazamiento de las palabras y las cosas en el elemento distributivo del cuadro) que lo lleva a separar muy claramente en su “Discurso preliminar” de la *Flore française* la “determinación” del nombre de cada planta y la clasificación del conjunto de planta según “la entera organización de las especies”²³.

La organización va a insertarse entre la articulación visible de los seres naturales y su designación característica, que no es en sí misma más que una “especie de depósito exterior a la periferia de organismos ahora anudados sobre sí mismos”²⁴. Al abrir de esa manera el espacio de la biología moderna, Lamarck no resulta oponerse al trabajo de Cuvier, sino que más bien lo hace posible.

Pero ese giro del análisis de la naturaleza en dirección de la organización

¹⁹ Foucault, *MC*, p. 240.

²⁰ Cfr. Foucault, *MC*, p. 242.

²¹ Foucault, *MC*, p. 242.

²² Foucault, *MC*, p. 243.

²³ Cfr. Foucault, *MC*, p. 243.

²⁴ Foucault, *MC*, p. 250.

funcional de los seres naturales tiene otra consecuencia epistemológica mayor: en efecto, contribuye a radicalizar el reparto entre lo orgánico y lo inorgánico que vale en el presente como el fundamento de toda clasificación posible. Ahora bien, ese reparto coincide con el de viviente y no viviente, y permite así operar la distinción entre dos reinos en el seno de la naturaleza:

Lo orgánico se convierte en lo vivo y lo vivo es lo que produce, al crecer y reproducirse; lo inorgánico es lo no vivo, lo que ni se desarrolla ni se reproduce; está en los límites de la vida, lo inerte y lo infecundo- la muerte. Y, si está mezclado con la vida, es como aquello que, en ella, tiende a destruirla y a matarla²⁵.

La organización empuja la historia natural hacia una biología que pone frente a frente la vida y la muerte: la vida, lo vivo, aparecen entonces como ese “conjunto de fuerzas que resisten a la muerte”, del que habla Bichat. En este pasaje dedicado al desplazamiento histórico de la historia natural hacia la biología, Foucault se apoya manifiestamente en los análisis de la experiencia anátomo-clínica que había presentado en *Naissance de la clinique*: mientras que el pensamiento clínico en su forma inicial procuraba también responder al interrogante: “¿Es posible integrar en un cuadro, es decir, en una estructura a la vez visible y legible, espacial y verbal, lo que es percibido en la superficie del cuerpo por el ojo del clínico, y lo que ese mismo clínico escucha sobre el lenguaje esencial de la enfermedad?”²⁶; en la experiencia anátomo-clínica que corresponde a la época de Bichat, por su parte, “el ojo médico debe ver la enfermedad exponerse y escalonarse ante sí a medida que él mismo penetra en el cuerpo, que avanza entre sus volúmenes, que rodea o que levanta sus masas, que baja hacia sus profundidades”²⁷. La superficie del cuadro se abre sobre la dimensión vertical del organismo enfermo, enfrentado con la enfermedad y la muerte que penetran su vida y la adosan a la forma temporal de la finitud.

Señalemos, por otra parte, que las últimas páginas de *Naissance de la clinique* destacaban con intensidad la correlación arqueológica entre el surgimiento del concepto moderno de la vida y el nacimiento de las ciencias humanas con la figura epistémica del hombre, cuestión que también se aborda en *Les mots et les choses*.

Con Cuvier, entonces, el análisis de los seres vivos, en lugar de fundarse sobre elementos que remiten a cualidades visibles (estructura o carácter: forma, número, disposición y tamaño), elementos representativos que se articulan en cuadro, en cambio se apoya en un concepto de una índole totalmente otra: la vida.

Así, en primer lugar, destaca el carácter de organización de todo lo vivo: el órgano se define por su función; la función se determina por sus efectos. En un segundo momento, sobre la red de estos elementos que forman el proceso de lo vivo, se establecen la coexistencia de funciones, su dependencia y su jerarquía interna: a través de estas tres direcciones de análisis es posible establecer el plan de organización al que responde tal forma específica de la

²⁵ Foucault, *MC*, p. 244.

²⁶ Foucault, *Naissance de la clinique. Un archéologie du regard médical*, (en adelante *NC*), París, Gallimard, 1963, p. 113.

²⁷ Foucault, *NC*, p. 138.

vida.

El método de la anatomía comparada brinda la posibilidad de generalizar este esquema analítico:

(...) los análisis de Cuvier recomponen por completo el régimen de las continuidades y de las discontinuidades naturales. La anatomía comparada permite, en efecto, establecer dos formas de continuidad perfectamente distintas en el mundo vivo. La primera concierne a las grandes funciones que se encuentran en la mayor parte de las especies (...) La otra continuidad es mucho más cerrada: concierne a la mayor o menor perfección de los órganos²⁸.

Entre ambas se instala un espacio de “grandes masas discontinuas”. El recurso al análisis en términos de identidades y diferencias, la ordenación en cuadros, se revela impotente para dar cuenta de esta nueva positividad:

(...) en la época clásica, los seres naturales formaban un conjunto continuo porque eran seres y no había razón alguna para la interrupción de su despliegue. No era posible representar lo que separaba al ser de sí mismo; el continuo de la representación (los signos y los caracteres) y el continuo de los seres (la proximidad extrema de las estructuras) eran, pues, correlativos. Es esta trama, ontológica y representativa a la vez, la que se desgarrá definitivamente con Cuvier: los seres vivos, por vivir, no pueden formar ya un tejido de diferencias progresivas y graduadas, deben apretarse en torno a núcleos de coherencia perfectamente distintos unos de otros y que son como otros tantos planos diferentes para mantener la vida²⁹.

En el ámbito de los seres vivientes, la historicidad hará su irrupción no sólo alterando el cuadro clásico jerárquicamente ordenado de los seres vivos, sino volviéndolo imposible. Así, la anatomía comparada se encuentra con que, respecto de las funciones vitales, no hay una graduación progresiva de los seres vivos. Ellos se agrupan en núcleos de coherencia perfectamente distintos que dependen de la temporalidad de su organización.

Es el concepto de la vida y lo vivo el que permite la introducción de la historicidad viva y de la finitud en el espacio de los seres naturales; él será el desencadenante de la fractura del *a priori histórico* que lleva de la historia natural a la biología:

A partir de Cuvier, lo vivo se envuelve en sí mismo, rompe con sus vecindades taxonómicas, se arranca al vasto plan constrictor de las continuidades y se constituye un nuevo espacio: espacio doble a decir verdad- ya que es el espacio interior de las coherencias anatómicas y las compatibilidades fisiológicas, y el exterior de los elementos en los que reside para hacer de ellos su propio cuerpo. Pero estos dos espacios tienen un encargo unitario: no es ya el de las posibilidades del ser, sino el de las condiciones de vida. Todo el *a priori* histórico de una ciencia de lo viviente se encuentra así trastocado y renovado³⁰.

²⁸ Foucault, *MC*, p. 283.

²⁹ Foucault, *MC*, p. 285.

³⁰ Foucault, *MC*, p. 287.

Desde el punto de vista arqueológico, entonces, el surgimiento de la biología está bordeado a un lado por el desgarramiento interno del “gran cuadro de la historia natural”, que abre su proyecto taxonómico sobre la dimensión fundamental de la organización de los seres y, al otro, por la oposición estructurante de la vida y la muerte, que recorta la de lo organizado y lo desorganizado. Esta arqueología del nacimiento de la biología moderna, a partir de la ruptura epistemológica del discurso clásico de la naturaleza, le permite así a Foucault refutar la cómoda hipótesis que sólo ve en ese nacimiento el efecto de un vitalismo finalmente victorioso del mecanismo clásico, capaz de intentar “definir la especificidad de la vida”.

Se ve cómo, al romper en su profundidad el gran cuadro de la historia natural, va a hacerse posible algo así como una biología; y también cómo va a poder surgir de los análisis de Bichat la oposición fundamental entre la vida y la muerte. No será el triunfo, más o menos precario, de un vitalismo sobre un mecanicismo; el vitalismo y su esfuerzo por definir la especificidad de la vida no son más que los efectos superficiales de estos acontecimientos arqueológicos³¹.

La arqueología, basada en el análisis de las mutaciones del saber y no en el juego tendencial de las opiniones o de doctrinas contradictorias, debe en consecuencia adoptar lo contrario de esa hipótesis del vitalismo triunfante: la biología, como análisis de un ser vivo destinado a morir, sólo fue posible a partir del momento en que la organización se convertía en el concepto central de la caracterización de los seres naturales.

Como señala P. Sabot³², la apuesta arqueológica de Foucault se vuelve así claramente polémica, porque al asegurar la posición central de la obra de Cuvier en la ruptura con el saber clásico de la naturaleza y en la inauguración de la biología moderna, Foucault en realidad entiende volver al estatuto de “precursor” tradicionalmente otorgado a Lamarck en la reconstrucción histórica de la teoría de la evolución. Así, la arqueología adopta una posición contraria a la de la historia de las ciencias, al rechazar cualquier interpretación recurrente de las teorías científicas (que contribuya a restaurar entre ellas continuidades superficiales) y al poner el acento, por el contrario, en el valor fundador de las rupturas arqueológicas del saber (que iluminan la discontinuidad histórica entre regímenes epistemológicos de ese saber).

Nacieron, así, con la modernidad esas “nuevas empiricidades”³³ de la vida, el trabajo y el lenguaje que no existían en la época clásica, porque su modo de ser no tenía lugar en la episteme de los siglos XVII y XVIII. Y, con estas nuevas empiricidades, surgen entonces la filología, la economía política y la biología.

³¹ Foucault, *MC*, p. 245.

³² Sabot, Philippe, *Lire Les mots et les choses de Michel Foucault*, ed. Cit., pp. 93-94.

³³ Cfr. Foucault, *MC*, pp. 262- 265.